

De mosén a Lluís M. pasando por Cervià (carta olvidada para mi amigo Lluís M. Moncunill)

Vicente Ausín Alonso

Creo que debía correr el año 1959 cuando conocí a mosén Moncunill en unos ejercicios espirituales en La Selva del Camp. Yo estudiaba entonces 5º de Bachillerato en La Salle de Tarragona y aquellos ejercicios eran, en principio, unos más de los que todos los años se celebraban en la casa de ejercicios de La Selva y a los que había que asistir de manera poco voluntaria. Dirigía los ejercicios mosén Gil, gran amigo y valedor durante un tiempo de Moncunill, y éste ejercía por primera vez de ayudante en las tareas propias de orientación espiritual al grupo de adolescentes que allí estábamos. En aquellos ejercicios hablé con mosén Lluís M. Moncunill tres o cuatro veces y desde el principio percibí en él una proximidad que me hizo depositar una gran confianza en su persona. Su baja estatura y delgadez, que le daban una apariencia frágil, aumentada por la sotana que entonces utilizaba, unidas a un semblante entre aniñado y angelical, su voz suave y sus ademanes amistosos, le convertían en un ser próximo al que uno fácilmente se confiaba y descargaba todo el cúmulo de inseguridades propias de una edad en la que todo son interrogantes y apenas se alcanza a saber lo que se desea.

Nueve o diez años después (mi memoria falla al tratar de fijar el año exacto) Lluís M., vestido ya de seglar, pasaba una semana o diez días del verano en Madrid. Su aspecto físico no había cambiado mucho, salvo el hábito, claro, pero su cara era otra, menos angelical, más hombre y más maduro porque las experiencias vividas en los últimos años le habían ido transformando en una persona menos confiada, ya que las ingratitudes propias de la condición humana habían empezado a morderle el corazón. No es fácil abandonar ninguna secta y menos la Iglesia católica, donde sigue presente la lapidaria consigna de que «quien no está conmigo está contra mí» y las acusaciones de «traidor» siguen estando a la orden del día. Hacía relativamente poco tiempo que había abandonado el sacerdocio, convencido de que su vida tenía que transcurrir por otros derroteros, y de cara al futuro próximo que tenía que

encarar, donde la creación de una familia propia ocupaba un lugar primordial, tenía que resolver algunos asuntos personales precisamente en Madrid, lejos de la Tarragona en la que se había desarrollado la mayor parte de nuestra gran y fructífera amistad. Yo llevaba ya 5 ó 6 años en Madrid, había acabado mi carrera y tenía trabajo y futuro en la capital; hacía bastantes meses que no nos veíamos, aunque siempre mantuvimos una magnífica relación epistolar y telefónica, de modo que aquella semana fue como un pequeño regalo que nos permitió hablar largamente de los últimos sucesos de su vida, su difícil decisión de colgar los hábitos, sus inseguridades frente a la nueva vida que afrontaba, y por supuesto de mi vida y mis problemas, en la vorágine profesional, sentimental y política en la que andaba metido por aquellos años. Comimos varias veces juntos, paseamos por Madrid mientras manteníamos largas conversaciones, ajenos al calor del verano, fuimos de excursión a El Escorial, lugar que Lluís M. no conocía, y algún otro lugar, y el último día de su estancia le acompañé hasta la estación de Atocha, donde le despedí con un gran abrazo y deseándole lo mejor, porque se lo merecía y le tenía un gran cariño. No sé si recuerdo mal pero creo que aquélla fue la última vez que nos vimos. Mis recuerdos se difuminan y no consigo saber si posteriormente seguimos manteniendo algún tipo de contacto, pero creo que no. En los 45 años transcurridos desde entonces sólo he tenido la ligera noticia de cómo ha ido transcurriendo tu vida, Lluís M., lo poco que me iban transmitiendo algún amigo común y algún familiar mío afincado en Tarragona, a los que visito alguna vez cada año cuando voy a la ciudad de mi infancia y juventud. Así supe que te casaste poco después de estar en Madrid con tu amor de Cervià, que formaste una estupenda familia (tratándose de ti no podía ser de otro modo) y que te dedicaste a la enseñanza hasta tu jubilación. Supongo que tú de mí tampoco has debido de saber mucho, y no es un reproche; el reproche me lo hago yo por haber perdido tontamente uno de los mejores amigos que he tenido en mi vida.

Por todo lo anterior me sorprendió muy gratamente que nuestro común amigo Joan Martí me dijese hace dos meses en Tarragona que, con motivo de tu ochenta cumpleaños (¡enhorabuena, amigo!), estaban preparando entre unos cuantos próximos a tu persona una recopilación de pequeños escritos dedicados a glosar recuerdos y hechos en torno a tu trayectoria personal y profesional. Joan me invitó a sumarme al homenaje y lo hago con mucho gusto, porque creo que nuestra gran amistad de diez años bien merece este recuerdo. Podría intentar explicar nuestro mutuo olvido porque todo tiene sus razones pero en absoluto puedo justificarlo.

Como no se trata de lamentarse sino de mostrar recuerdos gratos y me conceden poco espacio para referirme a los mismos, intentaré resumir lo mejor que recuerde de nuestra estupenda y fructífera relación. Poco después de nuestro primer encuentro en La Selva del Camp empezaba la JEC su andadura en Tarragona, de la mano de mosén Gil y mosén Moncunill. Hacía poco más de un año que este último había estado en el cónclave de 1958 (en el que fue elegido Juan XXIII como papa) en calidad de «familiar» del cardenal Arriba y Castro; a su retorno a



Viatge a l'Aragó: Vicente Ausín, Lluís M. Moncunill, Rosa M. Piqué, Joan Martí, Genoveva Saragossa i Josep M. Milà, 1967 ca. (Foto: Arxiu familiar)

Tarragona iniciò su andadura sacerdotal de la mano de mosén Gil, y fue destinado a la atención espiritual de los jóvenes escolares en Tarragona y, en particular, a los del Instituto de Enseñanza Media, de donde fue nombrado capellán. En ese Instituto fue donde empezó a gestarse la andadura de la JEC en Tarragona, y desde el primer momento Moncunill fue el consiliario de la misma, en especial de la rama femenina (JECF). Aunque yo estudiaba en La Salle, donde también tuvo su implantación la JEC, pronto conecté con aquel movimiento en el Instituto, merced a que muy pronto me nombraron responsable de la JEC en Tarragona. Y esa fue la razón de que empezase a tener una frecuente relación con el mosén: coincidíamos en muchas reuniones que yo tenía que dirigir y él orientar, nos veíamos para analizar conjuntamente la marcha de aquel movimiento apostólico y asistíamos juntos dos o tres veces al año en Madrid a las reuniones nacionales del mismo, donde conseguimos en más de una ocasión impresionar al resto de participantes por nuestro empuje y claridad de ideas.

Pero la función pastoral de mosén Moncunill trascendía mucho más allá del restringido ámbito de la JEC. Como capellán del Instituto consiguió ayudas para abrir una capilla en el propio Instituto a cuyas funciones litúrgicas (la misa fundamentalmente) asistían bastantes alumnos, padres de los mismos e incluso creyentes

ajenos al Instituto. Corrían los años 1962 y 1963, el Concilio Vaticano II estaba en pleno auge y mosén convirtió su capilla colegial en un altavoz privilegiado de los nuevos aires que emanaban de aquél: tanto la capilla en su concepción funcional y estética como la prédica de mosén eran una avanzadilla de un nuevo concepto de la fe cristiana que intentaba abrirse camino en aquella España todavía franquista y en una ciudad como Tarragona, enormemente carca y bastante ultramontana. Todo aquello no podía pasar desapercibido ni iba a ser permitido fácilmente. Yo entonces estaba estudiando en Madrid porque me habían incorporado a la Comisión Nacional de la JEC (en 1964 me eligieron presidente nacional), en gran parte gracias a los empujones y la ayuda que mosén me prestó a tal fin; por esa razón ya no teníamos una relación tan frecuente como en Tarragona, pero las cartas, el teléfono y la relación directa en los períodos vacacionales hacían que siguiésemos muy al día los acontecimientos de ambos. Además, desde las primeras reuniones nacionales de la JEC, Moncunill se convirtió en una referencia importante: sus opiniones contaban y con frecuencia era consultado por los consiliarios nacionales sobre temas conflictivos porque la carcondia jerárquica actuaba todavía con más intensidad sobre los consejos nacionales que en el ámbito provincial (en Tarragona, el integrista Arriba y Castro seguía imponiendo su ley eclesiástica pero en Madrid teníamos al no menos franquista Guerra Campos vigilando de cerca a las comisiones nacionales de la JEC y de la JECF). Por esa razón hizo varios viajes a Madrid entre los años 1964 y 1965, además de las tres reuniones nacionales que solía haber. Fueron unos años de especial conflictividad universitaria, empujando firmemente para derribar la nefasta y eterna dictadura, reclamando un estado democrático y un mínimo de libertades ciudadanas, bajo la vigilancia policial, y la JEC no fue ajena a todo ello: lo que ocurría en la universidad y en todos los ámbitos sociales del país aterrizzaba en nuestras reuniones y mesas de diálogo, y acababa con frecuencia en documentos escritos y tomas de postura que repateaban a la jerarquía eclesiástica. Tuvimos infiltraciones del Opus Dei (vía Guerra Campos) en la organización y su descubrimiento dio lugar a enfrentamientos desagradables y a cambios de postura importantes en muchos miembros de la JEC (también en los demás movimientos especializados: JOC, JARC y JIC).

En todo ese proceso mosén Moncunill fue actor importante, no un figurante: tuvo la valentía y la suficiente dignidad personal como para mantener el tipo a pesar de las amenazas, siguió lanzando doctrina conciliar desde su púlpito y en el ámbito de su labor pastoral más privada, a pesar de que el Concilio cerraba sus puertas en 1965 y la jerarquía más reaccionaria empezaba en el mundo entero un repliegue de posiciones importante, con especial relevancia en España, donde la preocupación eclesiástica no era sino una derivación de un régimen dictatorial que se sentía amenazado. Y llegó la factura: mosén fue acusado de «pervertir a la juventud tarraconense», de difundir ideas peligrosas, amén de insinuaciones muy mal intencionadas sobre su relación con las chicas de la JECF. Arriba y Castro lo exilió de inmediato a Cervià, un pueblecito en el límite de su diócesis (frontera entre

Lérida y Tarragona); allí se fue de momento como párroco del pueblo, donde llegó con la natural aureola de cura progresista y peligroso. Ninguno de sus compañeros de sotana hizo nada por evitar o atenuar el castigo, aunque no sé si a nivel personal recibió alguna muestra de apoyo o comprensión.

En Cervià estuvo tres o cuatro años y creo que logró en el pueblo granjearse un mínimo respeto general y el cariño de parte de los feligreses, a pesar de la fama que le precedió. Pero es que mosén era todavía en aquella época y a pesar de los disgustos y desengaños que le habían prodigado una persona fiable, encantadora, capaz de ganarse la confianza de cualquiera, porque era un ser íntegro y de una pieza, generoso en su proceder; austero en sus costumbres, siempre contento con lo que tuviese; necesitaba muy poco para ser feliz y en aquella época tenía una fe profunda y sincera en sus creencias, y con eso y poco más se sentía bien. A Cervià fui a verle numerosas veces.

En las vacaciones escolares siempre iba a Cervià para pasar dos o tres días con mi amigo exiliado eclesiástico. Fue entonces cuando más a fondo nos tratamos, abriendo nuestros corazones mutuamente, y allí es donde descubrí la gran personalidad del mosén, a quien ya no veía como sacerdote y consiliario sino como mi amigo y como hombre. Por eso cuando al final de aquel período (1969, ¿quizá?), en una de nuestras conversaciones sin fronteras, cuando me confesó que estaba pensando seriamente en dejar el sacerdocio no me sorprendió en absoluto; era un proceso casi lógico, que se veía venir, y cuando además me dijo que tenía un sentimiento profundo con una chica del pueblo (desde hacía meses) me sentí contento y aliviado porque en el fondo sabía que el camino sacerdotal iba a ser un calvario permanente para una persona tan honesta e íntegra como Lluís M. Yo hacía ya 3 años que había dimitido de la presidencia nacional de la JEC y mi fe cristiana estaba a punto de fenecer, si no había muerto ya. Quizá por todo ello entendí muy bien lo que me estaba transmitiendo y me alegraba por él y por mí.

Colgar los hábitos tampoco fue un proceso fácil para mosén. Lo confió primero en el terreno personal a su familia y a alguno de los sacerdotes con los que en el pasado se había sentido más próximo. Las reacciones fueron todas negativas y envueltas en argumentos hipócritas. Una de las razones de la oposición al paso que quería dar era el convencimiento general entre sus allegados familiares y sacerdotales de que mosén tenía un gran futuro eclesiástico, siendo la dignidad de obispo lo mínimo que se le asignaba en un futuro a medio plazo, al parecer con una base de conocimiento nada despreciable. El escándalo social y familiar, un futuro totalmente incierto, etc. eran otros argumentos que mosén me contaba le estaban presionando para hacerle desistir de su decisión. Hubo quien incluso llegó a sugerirle (desde el ámbito sacerdotal) que si le apretaba la bragueta había mejores soluciones que formar una familia y frustrar una carrera tan prometedora.

Lluís M. una vez más se mostró un hombre de una pieza, íntegro y profundamente ético y se negó a las componendas. Colgó la sotana, se convirtió en Lluís M. Moncunill y siguió adelante con su destino. Te admiré entonces por tu decisión y

tu ejemplo y, de verdad, que te envidio por ello. Yo te perdí la pista poco después pero espero que me des ocasión de conocer cómo siguió la historia y, si viene a cuento, poder yo también trasladarte algo de mi andadura hasta hoy.

Denia, 29 de agosto de 2013